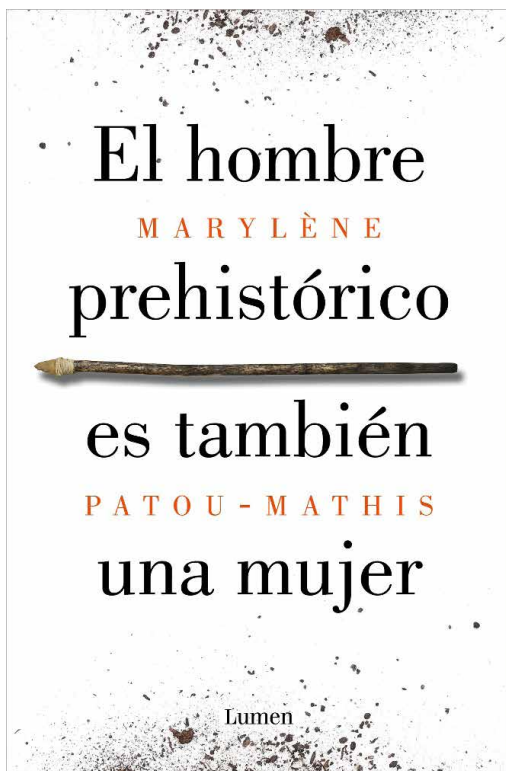


**Marylene PATOU-MATHIS, *El hombre prehistórico es también una mujer*, Barcelona, Ed. Lumen, 2021, 368 pp. ISBN: 9788426410092**

Al acabar de leer este libro, sobre todo si eres una mujer, el sentimiento restante es doble: por un lado, admiración por tanta información, tanta brillantez, tantos datos..., y por otro tristeza, rebeldía y cierta desesperanza. Qué difícil nos llega a parecer que la utopía de la igualdad de derechos y reconocimientos pueda convertirse en realidad después de haber visto cómo nos han tratado desde las religiones, las filosofías, la medicina o la psicología. Y hasta ayer. De hecho, los párrafos más desgarradores están escritos en el siglo XIX, cuando sesudos varones publican historias “naturales” de las mujeres, cuando las propias mujeres encajan tan mal en la selección natural de Darwin y cuando los ministros de educación se enzarzan en las célebres discusiones sobre si las mujeres deben recibir educación o no, y si fuera que sí, qué clase de educación. Y todo eso es el cimiento sobre el que se alza la modernidad, el siglo XX y el deseado XXI, nuestra creída sociedad occidental y la fragilidad de nuestros avances.



La obra de Marylene Patou-Mathis, prehistoriadora del CNRS y conocida personalidad de la Prehistoria es, en realidad, una revisión bibliográfica acompañada por 930 notas finales y multitud de otras a pie de página, no numeradas, que hacen la lectura muy cuesta arriba. De hecho, recomiendo una primera lectura sin hacer caso de las notas, a no ser que realmente te pique la curiosidad. Entonces te das cuenta de que este libro también es doble, como el sentimiento: por un lado trata de cuestiones prehistóricas, las

representaciones de las mujeres y el análisis de sus esqueletos, y por otro trata de la historia del discurso masculino sobre las mujeres desde los tiempos remotos hasta la actualidad. Al primer asunto, probablemente su especialidad como prehistoriadora, dedica la autora el capítulo 3 con 426 notas de las numeradas, lo que demuestra su extraordinario conocimiento del tema, sobre todo el de las representaciones. Y es por supuesto en el contexto de este capítulo donde se siente más el principal defecto de la obra: la ausencia

de figuras. La autora se ve forzada a describir características, aunque si no echas mano de internet, con su universo de imágenes, no consigues enterarte de lo que hay por detrás de tanta pieza. Como buena francesa, Patou-Mathis presenta una idea de la Prehistoria en la que solo cabe el Paleolítico y el Neolítico, es decir, las edades de la piedra, y por supuesto llama “culturas” a las distintas fases técnicas del Paleolítico. Su revisión de figuras es tan minuciosa que incluso para quienes hemos trabajado en esos ámbitos parte de nuestra vida, como es mi caso, resulta extraordinaria su cantidad, unida a la evidencia, ya bastante conocida, de que es en Francia donde se ha inventado la Prehistoria, el Paleolítico, el Neolítico, el Arte rupestre..., y casi hasta las propias mujeres. La ventaja de la autora, en este contexto casi desmesurado, es que ella es francesa y está en su elemento, la gran mayoría de sus cientos de citas son francesas, como lo es su formación y su mundo. Ella navega en la nave capitana.

La otra parte del libro, que se reparte en los capítulos 1 (con 40 notas), 2 (con 271), 4 (con 162) y 5 (con 21) tiene poco que ver con la Prehistoria y podría haberse publicado, sin el capítulo 3, con un título como el de “Origen y desarrollo del sexismo desde la antigüedad hasta hoy”. Hablando del título, no me parece muy razonable el que la autora —o la editorial— ha elegido para este libro que estoy comentando, sobre todo porque llevo muchos años investigando y publicando sobre el uso y significado de la palabra “hombre” en el contexto de la Prehistoria y los orígenes humanos. Para mí está más que demostrado que cuando se hablaba de “hombres” se hablaba de varones, y si se quería hacer referencia a las mujeres se utilizaba otro término (ver, p.e. Querol, M. Angeles 2004: La mujer en El Origen del Hombre). Curiosamente, en la pág. 28, y en uno de esos textos con cursiva que inician cada capítulo y que el público lector no entiende bien por qué van en cursiva si son de la propia autora, dice con claridad lo mismo que yo veinte años antes: “...desde la Antigüedad la gran mayoría de los textos que tratan de los “hombres” cuando se refieren a los humanos en realidad solo se refieren a los varones. Si aparecen mujeres, lo hacen únicamente a través de su relación con los hombres”. De acuerdo con esta frase, ni a mí ni a ella —la autora—, nos parece adecuado afirmar, como hace este título, que el hombre prehistórico es también una mujer porque no lo es. Ahora bien, he de admitir que el título elegido resulta llamativo y atractivo en estos momentos de la historia occidental, y tal vez eso era lo que al menos la editorial quería.

Casi todos los apartados de este “otro” libro son destacables. Así, el capítulo 2, dedicado a las citas sobre mujeres desde los primeros textos escritos, es espectacular. Se aprende mucho, pero también se entristece una mucho cuando lee frases como “La vida de un solo hombre bajo el sol es más valiosa que la de miles de mujeres” (de Eurípides, pág. 177). Subrayo asimismo las páginas dedicadas al célebre tema del peso del cerebro de las mujeres, inferior al de los hombres en una época en la que sesudos varones medían y pesaban cerebros para demostrar la premisa de que a mayor tamaño mayor inteligencia y viceversa. Cuánta tinta y cuántas discusiones se produjeron antes de asumir que se trataba de una cuestión de proporción entre las cabezas y el cuerpo que, por lo general, es menos pesado en las mujeres.

También me ha gustado en especial el capítulo 4, el de “Eternas rebeldes”, una historia muy interesante y tan negra como una novela nórdica, en la que nos sorprende la antigüedad y fuerza de la lucha de las mujeres francesas por el voto. Increíble que hayan empezado en el siglo XVII y no lo hayan conseguido hasta bien entrado el XX. Su final, en coherencia, no es en absoluto alegre: cita a la francesa Isabelle Ernot, de 2009, para afirmar que los trabajos sobre historia de las mujeres y de género no han conseguido cambiar “la historia”, tal vez porque era una utopía o porque la resistencia es demasiado fuerte; tal vez también porque entre 2009 y el presente (2022) han pasado años muy importantes para el

movimiento occidental en pro de la igualdad y para la lucha contra el terrorismo machista, de modo que seguramente, si la autora manejara obras más actuales podría mostrarse menos pesimista..., o no. En todo caso, su conclusión es que es preciso continuar.

Tras el capítulo 4, el último, incluye un epílogo que es casi un grito: siendo como es francesa y viviendo en un contexto lingüístico especialmente sexista, afirma (pág. 227) que la lengua francesa tiene que desmasculinizarse y nos cuenta cómo por fin, nada menos que en 2019 la academia francesa aceptó el femenino en profesiones, cargos y títulos. Y aunque critica el masculino dominante, ella misma lo usa a lo largo de todo el libro, sin plantearse alternativas y llamándose a sí misma “nosotros”. Así por ejemplo en su última frase: “El patriarcado ha de sustituirse por otro sistema, que debemos construir juntos”. Juntos, en francés, no tiene género, pero la persona traductora podría haber elegido “todas las personas juntas”, o todos los seres humanos juntos, antes que simplemente juntos, que es masculino y punto. Insistiendo en esto, creo que algunas de las incoherencias que se observan podrían deberse a la propia traducción, como en la nota con asterisco en la pág. 116, en la que se lee: “los animales representan al mundo vivo y las mujeres la humanidad”. Es difícil imaginar que la humanidad no forma parte del mundo vivo. O en la pág. 137, donde dice que se encontró “la tumba de una chica de entre 28 y 30 años”. Teniendo en cuenta que acaba de explicar que la vida media era de 35/40 años en aquella época, una mujer de 30 años era, cuando menos, una adulta.

He de reconocer que me ha gustado mucho leer este libro doble, y más en su parte sobre historia de las mujeres que en su parte prehistórica. Por supuesto me he visto a mí misma en varias aseveraciones. Por ejemplo, en la pág. 133 dice que “muchos prehistoriadores” no contemplan la hipótesis de que las mujeres fueran autoras de obras parietales, porque en su opinión no hay pruebas, pero tampoco tenemos indicios para atribuírselas a los hombres, exactamente lo mismo que yo vengo publicando desde el año 2000. También me ha gustado que en su bibliografía general, donde no hay ni una sola autora o autor español, ella incluye el nombre de pila de las autoras/es, tal y como yo pretendo que se generalice en el mundo académico por una cuestión de futuros estudios bibliométricos sobre la presencia de mujeres en la ciencia.

Y, por supuesto, he aprendido mucho a pesar de tratarse de mis especialidades, o tal vez por eso mismo. Recomiendo la lectura de esta obra a las mujeres, pero también a todos los alumnos de Historia o de Arqueología, a los profesores de Filosofía o de Antropología, a los académicos de las lenguas (francesa y española por lo menos), y a quienes alguna vez han pensado que el mundo realmente ha cambiado ya y las mujeres y los hombres tenemos los mismos derechos y gozamos del mismo trato. Ni soñarlo. Y Marylene Patou-Mathis, tan oportunas ella y su editorial, lo demuestra.

M<sup>a</sup> Ángeles QUEROL  
Universidad Complutense de Madrid  
maquerol@ghis.ucm.es